



Carta de Jean Vanier



Trosly, septiembre 2010

Queridos amigos,

Las golondrinas se han ido, sí ¡se fueron! El nido está vacío. Aquí en Orval, a diario llegaba a ver a las tres o cuatro pequeñas golondrinas en su nido. Conforme mamá golondrina las alimentaba con su gran pico, las pequeñas fueron creciendo. Poco a poco se fueron sintiendo menos a gusto en su nido, acurrucadas unas con otras. Llegado el momento, esas pequeñas empezaron a volar sin lección alguna de sus padres, así es la naturaleza. El vuelo de la libertad. Entonces las golondrinas se fueron, el nido está vacío y más adelante se irán buscando el sol de África. Regresarán la próxima primavera para hacer ahora sus nidos. Así es la vida; nacemos, crecemos, viajamos, construimos nuestra casa, somos fecundos, los hijos se van y luego volamos al cielo, a otro cielo.



Así es para todos. El año pasado les platicaba del vuelo hacia Dios, el 24 de agosto, de Jacqueline d'Halluin. Este año, mi hermano Bernard emprendió el vuelo, era un año y medio mayor que yo. Vivía al sur de París y me encantaba ir a verlo cada vez que podía, que por cierto no era muy seguido. Su hija Laurence, a quien amo, cocinaba para nosotros (ostras y pierna de cordero, siempre). Cuando Bernard y yo éramos niños teníamos una relación muy cercana, dormíamos en la misma habitación y hacíamos muchas travesuras juntos. En Marcoussis, donde vivía Bernard, platicábamos y reíamos de nuestras travesuras de infancia. Eso nos hacía tanto bien; existía como una complicidad entre nosotros. A los trece años entré en la Escuela de oficiales de marina, en Inglaterra. Después, nuestros caminos no se encontraron mucho, sin embargo, siempre que nos veíamos era con gran alegría. Su partida me entristeció. Perdí a un hermano que también era un amigo. Agradezco a todos los que me escribieron notas de condolencia por su fallecimiento.

Ese es el ciclo de la vida: estamos programados para crecer pero también para debilitarnos y después morir.

También existe la evolución de la humanidad y del universo, ¡eso no pasa con las golondrinas! De hecho, su especie no parece evolucionar mucho. Los primeros hombres y mujeres que al parecer nacieron en África, hace millones de años, se dispersaron por el planeta y formaron grupos, clanes, tribus, con sus culturas y tradiciones. Había conflictos dentro de las tribus y entre ellas; hubo matanzas y guerras. Esos seres humanos, hombres y mujeres, progresaron y descubrieron muchas cosas, crecieron en conocimientos y, a veces, en sabiduría. Eran incapaces de quedarse encerrados en la finitud. En el corazón y la inteligencia humana existe el deseo de abrirse hacia el universo, el universo horizontal y también el vertical. Una búsqueda por el sentido, el origen y el fin de la vida. Sí, se dio una extraordinaria evolución de la humanidad en madurez y a veces en fracasos a lo largo de millones y millones de años. Cada generación descubría cosas nuevas, la evolución ha

sido bella y profunda, además de dolorosa. Las armas de madera se convirtieron en armas nucleares.

La relación entre los seres humanos se transformó, maduró, evolucionó a la dulzura y la ternura, hacia un acogimiento mutuo, pero de igual manera se observan formas nuevas de violencia. Los lazos entre unos y otros se debilitaron por el deseo de libertad personal e individual. La evolución es bella y dolorosa.

También El Arca evolucionó. Es cierto que yo fui el primero en acoger dos personas, Raphael y Philippe que vivían en una institución donde sufrían; los acogí para vivir con ellos y crear una nueva forma de comunidad. Me tomó tiempo considerarme fundador, pues no sabía hacia dónde iba ni cómo El Arca podría o debía desarrollarse. Hoy, 46 años después, puedo decir que soy ¡el fundador más feliz de todos! Ya no llevo ninguna responsabilidad en la organización de El Arca; Jean-Christophe y Christine están al frente del conjunto de nuestras comunidades. Estoy sorprendido de su sabiduría y su forma de conducir. Doy gracias por ellos y por todos los demás responsables que portan la vida internacional, la vida de las comunidades así como por todos y cada uno que forma parte de esta gran familia, que quiere ser signo de evolución hacia la paz y hacia la unidad del género humano, no a través de la fuerza sino a través del amor.

Lo mismo puedo decir de Fe y Luz. Ya no estoy en una comunidad de Fe y Luz pero todo lo que escucho de las comunidades me llena de alegría. Los más débiles y los más vulnerables continúan su misión de amor, abriendo corazones y mostrando una imagen nueva de nuestra sociedad. Una sociedad donde no es la fuerza y el poder lo que domina sino una vida de amor para cada persona, tal y como es. Animo a Marie-Hélène Mathieu a que continúe con la redacción de su libro sobre la historia de Fe y Luz. Les puedo asegurar, con los fragmentos leídos, que ¡será un libro maravilloso!

Estoy profundamente feliz con mi vida, ya no viajo fuera de Francia (¡venir a Orval es una excepción!). Es cierto que me hubiera gustado mucho visitar a Jacqueline Sanon y las comunidades de Haití y otras tantas comunidades en el mundo. Pero, me parece, que debía dejar de predicar sobre la vida comunitaria para simplemente vivirla en mi hogar y mi comunidad. Ya no hablar de la fuerza y la debilidad que habitan en cada persona sino vivirlas en mi propio cuerpo cuando mis piernas se sienten cansadas y la cabeza aturdida. Acoger progresivamente la debilidad y no sólo sufrirla; acoger la realidad con alegría y saber reaccionar con sabiduría pues es en la realidad que se encuentra a Dios y la verdadera felicidad.

A finales del mes de julio, presenté mi renuncia a la Presidencia del Consejo de Administración de La Ferme. Fue una gran fortuna para mí ser el apoyo de Odile Ceyrac para el nacimiento de la nueva Ferme en el 2000



y después para Veronika Ottrubay quien tomó la responsabilidad en el 2006. Jean Claude Mallet, un amigo de hace mucho tiempo, es quien tomó mi sucesión. ¡Estoy tan contento! Mi felicidad está en poder continuar dando retiros, hablar del Evangelio y de Jesús presente en las personas más pobres y de la belleza escondida en cada persona sin importar sus debilidades y dificultades. Mi función hoy en día es tratar de vivir y anunciar El Arca a través de mi vida, con pequeños gestos de amor en lo cotidiano, en este mundo que para muchos es terriblemente doloroso y violento, sin aparente esperanza.

comida en Le Val Fleuri, Trosly © Elodie Perriot

Les confieso que cuando escucho hablar de las atrocidades en Irak, de lo que pasa en Israel y Palestina, de la situación en Haití, de Pakistán y los incendios en Rusia me doy cuenta que mi función es vivir lo más humana y amorosamente posible; así como vivir en la confianza que versa un salmo.

A menudo recuerdo a Etty Hillesum. En 1942 mientras estaba en el terrible campo para los judíos destinados



Etty Hillesum © Joods Historisch Museum, Amsterdam

a morir en Auschwitz y que Europa estaba dominada por el clan demoníaco de Hitler, Etty oraba: *“Dios mío, parece que no puedes modificar una situación finalmente indisociable de esta vida. No te pido cuentas, al contrario, eres tu quien nos llama a rendir cuentas un día. Cada vez me parece más claro, a cada latido de mi corazón, que no nos puedes ayudar y que al contrario, nos toca a nosotros ayudarte y defender hasta el final la morada que te resguarda en nosotros.”* Lo que ella dice es que es importante permanecer en los brazos de Dios.

Me gustan esas palabras que decimos en las oraciones de cada noche, *“Dios es nuestro refugio, Él nos protege y nos cubre con sus alas.”* En un mundo en el que hay tanta violencia, miedo e inseguridad y desesperanza podemos crear, con tantas personas más, pequeños lugares de paz en donde nos amemos los unos a los otros y habite Dios. Ser un signo de que el amor es más fuerte que el odio.

Para crear esos lugares de paz, dulzura y ternura se necesita trabajar con uno mismo, como decía el Patriarca de Constantinopla, Atenágoras: *“La guerra más dura es la guerra que se enfrenta consigo mismo. Se necesita desarmarse. Yo viví esa guerra durante muchos años. Fue terrible, ahora estoy desarmado de la voluntad de querer tener razón.»* El camino de la paz es siempre un camino de humildad.

La palabra que llega y vuelve a venir a mi mente y corazón es “presencia”. Estar presente ante la realidad y para los demás, no huir a la imaginación y las ideas; vivir el instante presente, no escapar a los sueños del futuro o encerrarse en el pasado. Aceptarme como soy, con mis debilidades, mis dificultades y mis dones y abrirme a la Presencia de Dios. Es todo un programa para el año que viene.

Oro por cada uno de ustedes y los abrazo,

Jean

PD: El libro *“Notre Vie Ensemble”* (Nuestra vida juntos) que contiene todas mis cartas a las comunidades de 1964 al 2007, publicado por Média Paul, en francés, y los 4 DVD de San Juan filmados en Tierra Santa están disponibles en La Ferme:

[http://www.lafermedetrosly.com/
publications-arche@lafermedetrosly.com](http://www.lafermedetrosly.com/publications-arche@lafermedetrosly.com)
+33 344 85 34 78